

El alpargatero de Pitillas

AMAIA ECHÁVARRI BERRAONDO
DAVID MARIEZKURRENA ITURMENDI*

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este estudio es dar a conocer en profundidad uno de los oficios artesanos que antaño existían en muchos de los pueblos de Navarra. Es muy clásica la imagen del alpargatero trabajando en su banco a la puerta de casa, de esta ocupación no nos quedan ya más que testimonios como el que aquí queremos recoger.

La posibilidad de realizar una investigación sobre la alpargatería en Navarra surge a raíz de la muerte de uno de los últimos artesanos, Francisco Jaurrieta Artaso¹, ya que su hijo Pedro Mártir ofreció a dos miembros de Etniker Navarra –Jesús Sesma y M.^a Luisa García– la oportunidad de dar a conocer los materiales e instrumentos que su padre había utilizado en la realización del oficio.

Y es a Pedro Mártir Jaurrieta Arizpeleta a quien debemos darle las gracias por haber guardado con dedicación y cariño no sólo la parte material del oficio, sino las enseñanzas recogidas por su padre, sin las cuales este trabajo no hubiera sido posible. Igualmente hay que agradecer a su esposa Caridad Ayerdi su amable hospitalidad y el querer compartir con nosotros los recuerdos del artesano alpargatero.

Las distintas partes de que consta este estudio son las siguientes; una breve biografía del artesano, un estudio del significado de la alpargata y de sus tipos, la descripción del principal instrumento de trabajo: el banco del alpargatero, las fases por las que pasa la elaboración de este calzado, y en último lugar una aproximación a la alpargatería en Navarra en base a los datos con que hemos contado.

* Miembros de Etniker Navarra.

1. Francisco Jaurrieta murió el 1 de abril de 1995, un mes después de celebrar los 100 años de edad.



Lámina 1. Francisco Jaurieta Artaso el día de su centésimo cumpleaños (Foto de Paco Sanz, cedida por *Diario de Navarra*).

2. EL ALPARGATERO

Francisco Jaurieta Artaso, hijo de Pedro Mártir y Pilar, nace en Pitillas, localidad situada en la Zona Media de Navarra a unos 50 km. al sur de Pamplona, el 7 de marzo de 1895.

A la temprana edad de 10 años empezó a trabajar de *repatán*, labor que generalmente hacían los niños, que consistía en realizar las funciones del perro pastor en el cuidado del rebaño. Más tarde pasó a ser peón de la renombrada cantera de Pitillas, conocida por haber servido de materia prima a la no inaugurada catedral de Vitoria o al mismo Archivo General de Navarra. Poco después su ocupación fue la de ayudante de herrero.

El siguiente trabajo que desempeñó fue el de criado en una casa de campo. Allí ganaba cincuenta duros y la manutención, también disponía de un día para utilizar las cuatro caballerías de la casa en las tierras de su padre.

Sus orígenes en la artesanía de la alpargata comienzan a los 18 años, fue en Murillo el Cuende (Murillete) donde aprendió el oficio. En este pueblo, situado a seis kilómetros de Pitillas y al que todos los días iba andando, vivían los dos hermanos Ederra, quienes le enseñaron el trabajo. Una vez

aprendido permaneció un tiempo con ellos, a diario se llevaba el material a casa volviendo al día siguiente con el trabajo hecho.

Hacia los 20 años, una vez aprendido todo el proceso de elaboración, se estableció por su cuenta en Pitillas, allí estuvo aproximadamente 14 años viviendo del comercio de la alpargata, además de ocuparse del campo. A su vez, él enseñó a varias mujeres jóvenes del pueblo a capellar, les preparaba el material pagándoles por docena realizada, esas dos o tres pesetas que ellas ganaban siempre eran una ayuda para la generalmente escasa economía familiar². En esta época en la que prosperaba el negocio, también empezaron a coser suelas su mujer y un hermano que trabajaba en el campo.

La forma de trabajar era mediante créditos. Al hacer un pedido le mandaban una letra por mediación de un representante, a los tres meses tenía que hacerla efectiva. En este tiempo trabajaba con el material que con este préstamo había comprado y así pagaba el dinero que le habían adelantado. Normalmente a él le pagaban “al verano”, esto es debido a que Pitillas y los pueblos colindantes a los que abastecía de alpargatas han sido principalmente agrícolas y por ello recibía el dinero después de la siega, la vendimia, o la recogida de la remolacha. Por lo tanto él procuraba hacer los pedidos para que vencieran en estos momentos, así cuando le pagaban podía saldar su deuda. A continuación reproducimos una carta mandada a D. Cipriano Jiménez, de Cervera del Río Alhama, que ilustra la forma de trabajar de este artesano:

Pitillas, 4 de abril de 1934

Muy señor mío:

Recibo su carta a cuatro del actual y como me encuentro sin trabajo a la alpargata no puedo pagarle por ahora, en el verano según vaya cobrando le iré amortizando la cuenta que le debo, no piense que le tengo en el olvido.

Francisco Jaurrieta Artaso.

Pero los créditos se acabaron, por lo que el dinero había que adelantarlos para poder hacer los pedidos, y eso no era posible. A este problema se le añadió la aparición de fábricas que realizaban el “mismo” trabajo en menos tiempo y de forma más barata, así que el trabajo de alpargatero dejó de ser rentable. Francisco pasó entonces a ocuparse más intensamente del campo, aunque de vez en cuando le tiraba la profesión y se ponía a hacer un par de alpargatas.

Otro de sus trabajos fue el de zahorí. Buscó muchos pozos en Pitillas y en otros pueblos en los cuales era conocida su habilidad. Francisco Jaurrieta era autodidacta, vio en una ocasión a un hombre en esta tarea y empezó a interesarse por el tema, pedía libros a Barcelona para poder leer e investigar sobre las maneras de encontrar agua. Empezó con una vara de avellano y unos péndulos con los que marcaba la dirección de las corrientes de agua subterráneas. Pronto sabía perfectamente el lugar en el que estaba el pozo y qué materiales iba a encontrar antes de que apareciera el agua: dos metros de tierra arcillosa, cascajo, tierra negra, piedra,... etc.

El alpargatero de Pitillas a pesar de su corta estancia en la escuela era un hombre con una bonita y cuidada caligrafía, además de una elegante forma

2. Según datos sacados de los cuadernos de cuentas de este artesano pitillés, en 1923 pagó 10,50 pesetas a una mujer del pueblo por capellar seis docenas de alpargatas.

de escribir. Destaca sorprendentemente el orden a la hora de llevar su negocio, que casi se puede resumir en unos cuadernos que su hijo Pedro Mártir guarda como los tesoros que son. En ellos llevaba con la más estricta organización todo lo que concernía al negocio; lo que le costaban los materiales que adquiriría para trabajar, cuánto pagaba a cada una de las mujeres que capellaban para él, a quien vendía las alpargatas, cuánto dinero debía, además de copias de las cartas que mandaba a sus proveedores. A continuación hemos rescatado un nuevo ejemplo, esta carta donde pide materiales a un proveedor de Cervera:

23 de octubre de 1923

Sr. D. Benito Alfaro.
Cervera del Río Alhama.

Muy señor mío:

Le agradeceré haga favor de mandarme lonas corrientes de dos caras, blancas, del número doce una y del 15 otra, una docena de cintas blancas buenas y 20 kilos de trenza especial del norte.³

En espera de su género, suyo afectísimo.

Francisco Jaurrieta.

Siguiendo con su afición por la escritura, desde 1920 (año en el que se casó con Petra Arizpeleta Anaut⁴) fue escribiendo, aunque sólo fuera una frase diaria, todo aquello que iba ocurriendo en su vida. Este hábito lo mantuvo hasta poco antes de su muerte.

Los últimos años de su vida los pasó entre Pitillas y el barrio pamplonés de la Chantrea. Era conocido como el abuelo “Chispas”, apodo que ya traía del pueblo, pero que trascendió también a la ciudad. Su tiempo lo ocupaba entre paseos y partidas de cartas con las mujeres del club Auzotegui, ya que como nos contaba su nuera Caridad Ayerdi, “prefería jugar con ellas, se lo pasaba mejor y estaba más a gusto, porque los hombres no hacían más que pelearse y discutir”. En definitiva, un hombre entrañable que deseamos con este trabajo hacer trascender del recuerdo familiar y convertirlo en parte de nuestra memoria colectiva.

3. LA ALPARGATA

La alpargata ha sido un calzado de uso generalizado durante muchos años, muy estimado por su ligereza y comodidad además de por su precio económico. Se trata de un calzado compuesto por una suela o piso que bien podía ser de cáñamo, esparto o yute, una puntera y un talón casi siempre de lona y unas cintas de algodón que se ataban alrededor del tobillo para una mejor sujeción.

En la sociedad rural, hasta fechas muy cercanas, la alpargata se ha utilizado como un calzado de uso diario, compartiendo su empleo junto con los borceguíes o las abarcas, si bien esta prenda de fibra vegetal era la usada preferentemente los días festivos.

3. Trenza del norte en referencia a la fabricada en Azpeitia.

4. Con la cual tuvo cinco hijos, de los que actualmente viven dos, el citado Pedro Mártir y M.^a Pilar.

Negras o azules por lo sufrido de estos colores, eran las de empleo diario, el negro era el color obligado en los períodos de luto y blancas lucían las que se utilizaban los días festivos, en especial por parte de la juventud, tal como cantan los versos de Ángel Leoz, poeta de San Martín de Unx⁵:

...*Los mocicos de este pueblo
no quieren llevar abarcas,
prefieren aunque se mojen
buenas alpargatas blancas...*

De la importancia que llegó a tener este sencillo calzado puede dar una idea el hecho de que, durante la primera guerra carlista (1833-1839) el ejército español lo adoptó como calzado de campaña⁶. Hoy, sin embargo, su demanda ha quedado reducida a los grupos de danzas, al atuendo de las fiestas de Pamplona y otros pueblos y a la época estival, ya que se trata de un calzado que no deja de ser estimado por su comodidad, habiendo incluso quien las recomienda por lo beneficioso que para la circulación puede ser caminar con una suela de fibra vegetal bajo los pies.

PERSONA	PRECIO
Hombre	2,40 ptas.
Mujer	1,90 ptas.
Muchacho	1,75 ptas.
Niño	1,40 ptas.

Figura 1. Tabla de precios de la alpargata en 1926.

La etimología de la alpargata nos dice que es una palabra que tiene su origen en los años de la dominación musulmana, siendo un término árabe español (*al-barga*, en plural *al-bargat*) que tiene como raíz la palabra “abarca”, de ascendencia prerromana según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, aunque conforme a otros autores se trate de un vocablo genuinamente vasco⁷.

Un nombre que en vascuence sirve para designar a la alpargata, más propio del euskera de tierras occidentales, es el de *abarketa*, relacionado con abarca al igual que el término árabe, aunque hoy al hablar de abarcas pensemos en un calzado totalmente distinto. En el habla vasca de Navarra, el término que se utiliza para denominar a este calzado de fibra vegetal es el de *espartín* o *espartzin*, palabra relacionada con la voz *esparteña*, con la que se conoce a la alpargata valenciana por el material con que ha sido tradicionalmente confeccionada, hablándonos de la influencia que tuvo el calzado venido del Levante español en tierras navarras.

5. ZUBIAUR CARREÑO, Francisco Javier y José Angel, *Estudio Etnográfico de San Martín de Unx*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1980, p. 98.

6. IMBULUZQUETA ALCASENA, Gabriel, *El calzado tradicional*, “Etnografía de Navarra”, *Diario de Navarra*, 1996, p. 597.

7. Ante quienes definen el término como un vasquismo, creemos que es más correcta la explicación que da J. Corominas en su *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, considerando que la voz vasca y la romance proceden de un común étimo prerromano (Ed. Gredos, Madrid, 1984)

La alpargata como elemento ligado a la indumentaria del ser humano desde hace siglos, ha llegado a fundirse dentro de nuestros modos de vida. Esto ha sabido verlo muy bien María Elisa Sánchez Sanz en un pequeño estudio realizado en Aragón sobre la alpargata y su lenguaje simbólico⁸.

Un curioso empleo que recoge de la alpargata es su aplicación como remedio casero dentro de la medicina popular; así pues, cuando las parturientas tenían retención placentaria se les ataba unas alpargatas del cordón umbilical porque era el peso exacto para que pudiese salir la placenta.

También la alpargata ha quedado fosilizada en juegos como es el caso del que canta:

*A la alpargatilla por detrás, tris, tras,
ni la ves ni la verás, tris, tras.
Mirad para arriba que caen judías.
Mirad para abajo que caen garbanzos
manos para adelante que viene el gigante,
manos para atrás que viene Barrabás, ¿estás?*

Hoy, dado el deterioro que ha sufrido el uso de la alpargata dentro de nuestra indumentaria, esta cantinela infantil ve sustituida la frase inicial por el nuevo elemento de juego: *A la zapatilla por detrás...*⁹.

Otro buen ejemplo del simbolismo que este calzado ha obtenido nos dan esos retazos del sabio lenguaje popular, encontramos refranes como uno riojano que dice:

El que con alpargatas blancas va en Navidad, no le preguntes que tal le va.

Es clara la referencia a la alpargata como prenda más indicada para épocas veraniegas, pero por su precio era el calzado del que los más desfavorecidos siempre podían disponer.

Existe otra máxima, ésta aragonesa¹⁰, que reza así:

Quien de alpargatas se fia y a mujeres hace caso, no tendrá un cuarto en su vida y siempre andará descalzo.

Algunas otras expresiones aragonesas hacen alusión a la alpargata. Pertenecer a la *Compañía de la alpargata*, significa que se es gente ruin, que desampara a los demás cuando más le necesitan. *Atarse las alpargatas* indica que alguien debe prepararse para algo inmediato. *Alpargatas de fuego* es una expresión que se emplea para denotar la urgencia con que debe hacerse alguna cosa. Y otro dicho: *“Niña cósete las alpargatas que llevas las medias rotas”*, en referencia a quien presume de cara al exterior sin poder ocultar verdaderas carencias¹¹.

8. SÁNCHEZ SANZ, María Elisa, *Un calzado aragonés de fibra vegetal: La alpargata y su lenguaje simbólico*, “Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra”, núm. 55, 1990, pp. 157-165.

9. BARANDIARÁN, José Miguel de / MANTEROLA, Ander (Dir.), *Juegos infantiles en Vasconia*, Atlas Etnográfico de Vasconia, Vol. VI, Ed. Etniker-Euskalerrria, Bilbao, 1993, p. 255.

10. SÁNCHEZ SANZ, M. E., *op. cit.*, p. 161.

11. SÁNCHEZ SANZ, M. E., *op. cit.*, p. 163-4.

3.1. Tipos de alpargatas

Tanto por la técnica empleada como desde el punto de vista decorativo puede hablarse de una gran diversidad de modelos dentro de la alpargata. Estos llegan a tomar distintos nombres regionales o locales, como *abiertas*, *de carretero*, *baturras*, *miñoneras*, etc. Pero los tipos generales en que se puede dividir la alpargata son principalmente dos: la alpargata de tipo riojano y la alpargata valenciana. Su presencia en Navarra podemos apreciarla a través de los ilustrativos “Bandos de búsqueda y captura” que dictaban los tribunales sobre individuos que huían de la justicia. Con la descripción de estas personas los bandos iban pasando de un pueblo a otro. Contamos con algún ejemplo recogido por Pablo Antoñana¹² donde se observa la utilización principal de estos dos tipos de calzado de fibra vegetal:

Estatura corta, cara redondeada, pantalón de mahón verde, chaleco de cuadros, faja colorada, alpargatas cerradas, camisa de cáñamo usada y pañuelo de percal azul a la cabeza.

Estatura regular, barba cerrada, color moreno, chaleco de cuadros, chaqueta de paño pardo, boina azul y alpargatas valencianas.

3.1.1. Alpargata de tipo riojano

La localidad riojana de Cervera del Río Alhama fue la gran exportadora de este modelo. Conocida también como alpargata catalana, es la alpargata cerrada cuya presencia ha sido dominante en Navarra a partir del primer cuarto del siglo XX, tras desplazar al tipo valenciano.

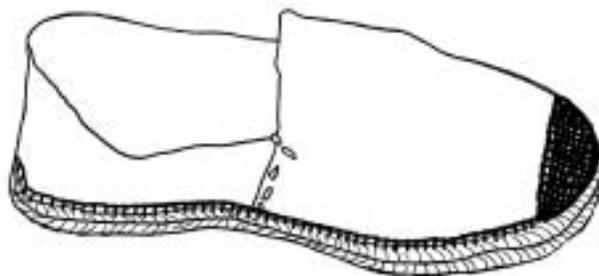


Figura 2. Alpargata de tipo riojano.

12. Material inédito que debemos agradecer a don Pablo Antoñana Chasco.

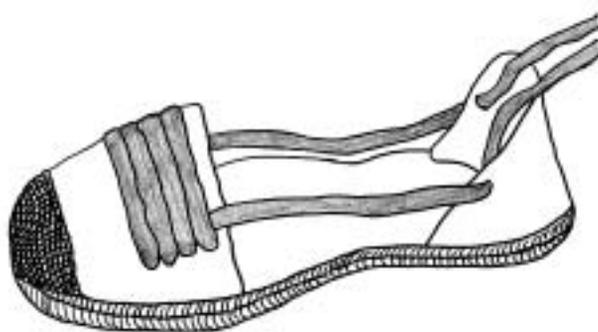


Figura 3. Alpargata de tipo valenciano.

3.1.2. Alpargata valenciana

La *espardenyá*, *espantiña* o alpargata valenciana tuvo un gran auge en Navarra en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX.

Este tipo de alpargatas –como su nombre indica– realizadas en esparto¹³, se caracterizan por tener descubiertos los lados. La lona que se cosía a la suela se dividía en dos partes, una cubría justamente la parte del talón, quedando independiente de la pieza delantera.

Había de dos tipos, la *espardenyá de cara*, cuya puntera cubría todos los dedos del pie, y la *espardenyá de careta*, que cubría únicamente el dedo pulgar, siendo esta la preferida por los labradores valencianos¹⁴.

Contrarias a las toscas y resistentes esparteñas extendidas por Alicante, Valencia y Castellón, las *espardenyas* que se usan en Ibiza se asemejan a un calzado delicado¹⁵. Están realizadas con cordoncillos finísimos de pita encolados entre sí, formando una puntera alta y ligeramente curvada, siendo la talonera del mismo material.

Estos tipos de alpargatas abiertas se sujetan con un cordón que une la puntera con la parte de atrás, y que se ata alrededor de la pantorrilla.

4. EL BANCO O MESA DE ALPARGATERO

El elemento fundamental para el artesano es el banco de alpargatero (Lámina 2). Para instalarse a trabajar por su cuenta, Francisco Jaurrieta necesitó que un carpintero se lo construyese a medida.

13. Levante es la zona peninsular donde se dan las mejores condiciones climatológicas para el cultivo del esparto, lo que se ha sabido aprovechar para exportar a toda España este modelo propio de alpargata.

14. IMBULUZQUETA, G., *op. cit.*, p. 597.

15. PELAUZY, M.^a Antonia, *Artesanía popular española*, Ed. Blume, Barcelona, 1977, p. 86.



Lámina 2. Banco de alpargatero. Sobre la mesa agujas, tijeras, *zapatilla* y, fabricados por el mismo artesano en madera de carrasco, la maza y una horma para ensanchar las piezas destinadas a pies delicados.

Elaborado con una gruesa pieza maciza de madera de nogal, está confeccionado teniendo en cuenta las necesidades del alpargatero, con numerosos detalles para favorecer su labor.

Su dueño pagó por él la cantidad de 250 pesetas, dinero que en los años veinte le supuso un serio esfuerzo reunir. No es ésta afirmación vana, sabiendo cómo este hombre a sus cien años de edad, aún conservaba el banco como si de un tesoro se tratara.

El banco era su lugar de trabajo, sobre él se iban sucediendo una tras otra las distintas fases de elaboración de la alpargata. A continuación vamos a hacer un repaso de los elementos de que se compone (Figura 4):

El alpargatero se sienta o coloca sobre el *banco* propiamente dicho, el cual termina en su parte delantera en la *casilla*, hueco que queda entre la mesa y el asiento, y que es aprovechado para guardar en él las herramientas: tijeras, agujas, etc.

Encima de la casilla tenemos una superficie lisa inclinada hacia abajo sobre la que se trabaja, la *mesa*. Ésta acaba en un reborde llamado *suela*, cuya función es evitar que si alguna pieza se desliza hacia abajo, caiga al suelo.

En la mesa hay que destacar la *estaquilla*, un saliente de madera con una hendidura que forma dos orejas, una mayor que la otra. Esta pieza queda situada en la parte derecha, y sirve para apoyar la suela al coserla y a su vez para estirar los puntos que se van dando. Es también utilizada para frotar la trenza de cáñamo, puliéndola entre esas orejas para que quede bien igualada antes de empezar a trabajar.

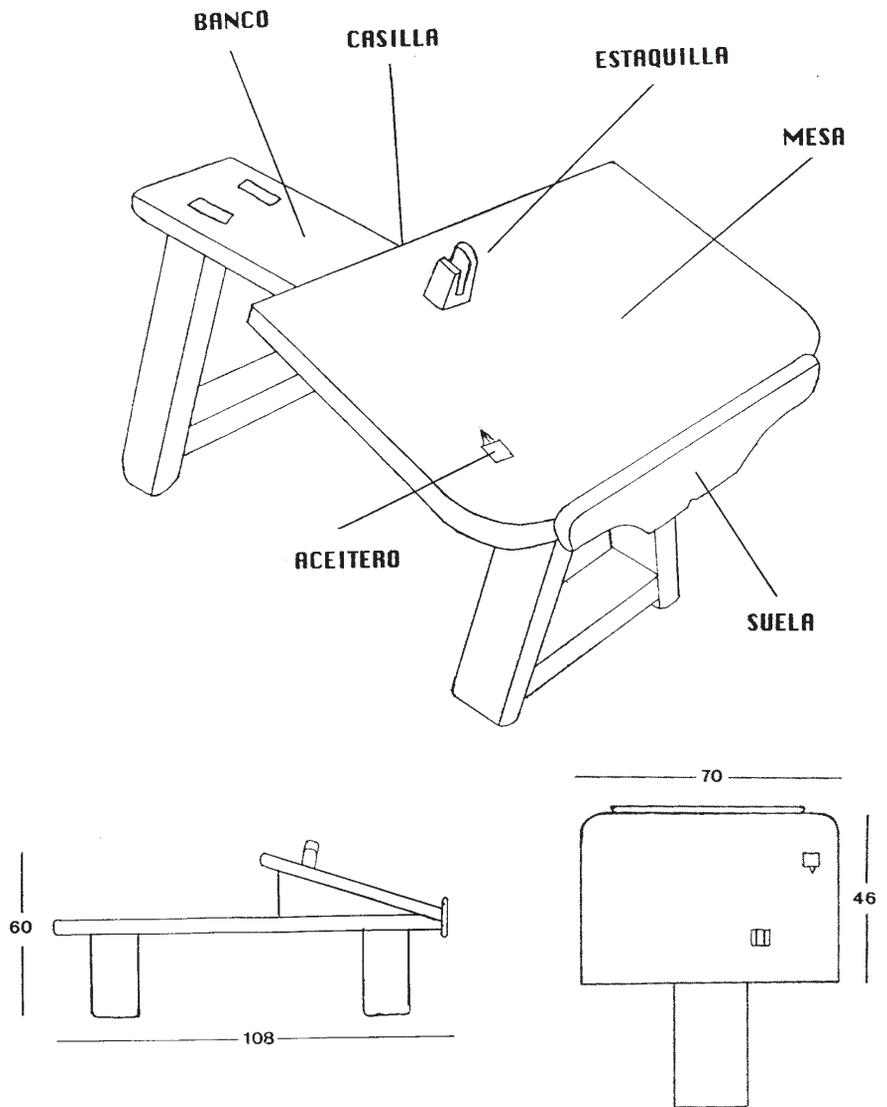


Figura 4. El banco de alpargatero (medidas en centímetros).

Sobre la misma tabla se encuentra también el *aceitero*, se trata de un pequeño rebaje en la madera con una chapa de metal en la parte exterior, en el que se almacena una pequeña cantidad de aceite donde mojar la aguja, algo que es conveniente, de vez en cuando, debido a la temperatura que toma en constante fricción con el cáñamo.

5. FASES DE ELABORACIÓN DE LA ALPARGATA

En pueblos donde la elaboración de la alpargata ha alcanzado su máximo desarrollo, la producción se realizaba íntegramente, es decir, todo el proceso necesario para la obtención de alpargatas se daba en el mismo lugar.

Este es el caso del riojano pueblo de Cervera del Río Alhama, donde en tiempos la práctica totalidad del pueblo vivía de la alpargata, estando las diversas tareas repartidas entre la población. Los hombres sembraban y recolectaban la fibra de cáñamo preparándola, luego se encargaban de urdir la suela, los niños trabajaban trenzando el cáñamo, y las mujeres se encargaban principalmente de capellar las alpargatas¹⁶.

La alpargata en Navarra no ha presentado un proceso tan elaborado y las referencias que conocemos son de alpargateros que trabajan a base de un material comprado fuera de su lugar de trabajo. Además el cultivo del cáñamo¹⁷ o del esparto requiere unas condiciones climatológicas específicas para poder darse, por ello el proceso que a continuación vamos a describir deja de lado la obtención de la materia prima y se centra en la configuración final del calzado.

MATERIALES	PESO	PRECIO
Trenza de cáñamo	3 Kg.	12 ptas.
Cosedera	3 Kg.	26,50 ptas.
Hilo de capellar (cáñamo de primera)	5 Kg.	27,50 ptas.

Figura 5. Tabla de los precios a los que pagaba el material en 1929.

La producción del alpargatero se contabiliza por tareas; dos docenas de pares de alpargatas suponen una tarea, cuarenta y ocho alpargatas que debían hacerse por jornada para sacar un sueldo.

Si por algo se caracterizó siempre Francisco Jaurrieta fue por su constancia en el trabajo: “los segundos contaban, –recuerda Pedro Mártir– mi padre siempre se ponía a trabajar con el reloj delante para que la tarea saliese, esto se llegaba a convertir en una lucha contra el reloj por hacer un poco más”.

16. A raíz de la plantación del cáñamo, en Cervera se iniciaba un proceso que ha sido recogido en su totalidad por Fabián González Bachiller (*El cáñamo*, Revista Piedralén, Cervera del Río Alhama, 1983, pp. 13-17), cuyas fases antes de empezar a elaborar la alpargata eran: Cocción o maceración, agramado, espadado, rastrillado, hilado y trenzado.

17. Hoy, curiosamente, quien quiere plantar cáñamo debe pedir permiso para hacerlo a las autoridades, ya que a partir del cáñamo (*Cannabis sativa* L.) y su simiente, el cañamón, se obtienen productos estupefacientes tales como el opio.

El proceso de elaboración se divide en distintas fases. El artesano no realiza completamente pieza tras pieza, sino que se detiene tanto en cada paso de la elaboración como en la preparación de materiales, para hacer, cada vez que se dedicaba a esa labor concreta, un cierto número de cosederas, suelas o piezas de la fase en que se encuentre para después pasar a la siguiente. Por ejemplo, cuando se ponía a capellar realizaba el capellado de varias docenas para después pasar a ponerles correillas a todas, y luego los cadalzos.

5.1. El urdido

El primer paso es urdir la suela con la trenza de cáñamo, material con el que se trabajaba en Pitillas la alpargata, aunque para su fabricación también se han utilizado en Navarra otros como el esparto, el sisal o el yute, siendo este último el que domina el mercado actual.

El cáñamo se traía a través de viajantes desde centros de tradición alpargatera como Azpeitia (Guipúzcoa) y Cervera del Río Alhama (La Rioja), en sacos de 80 a 100 kilos. Se trataba de grandes madejas que se colgaban de una tabla en la pared y se iban deshaciendo al trabajar.

La longitud de trenza necesaria para cada número de alpargata era controlada por el artesano mediante un método tan arcaico y tan seguro –cuando es la experiencia de los años la que manda– como el de las brazadas. Antes de empezar a trabajar, dicha trenza era pulida para igualarla frotándola en la estaquilla del banco de alpargatero.

Tras ayudarse de unas marcas que tiene en la mesa de trabajo para medir las distintas longitudes que se suelen dar a la suelas, ata el extremo de la trenza, configurando la vuelta exterior de la suela. A continuación pasa a urdir, es decir, a rellenar el interior con el resto de trenza enrollada en unas vueltas que forman las llamadas *hijuelas*, lo normal son cuatro vueltas en una suela de mujer y seis si es para hombre. Primero se forma la hijuela del *talón* y se acaba en la hijuela de la parte delantera o *empeina*.

5.2. El cosido

El paso siguiente es el cosido de la suela, para esta labor se usa un hilo de cáñamo llamado *cosedera* y la *aguja de alpargatero*, una herramienta de unos 25 centímetros, con un amplio ojo en la punta y mango de madera.

Antes de empezar a coser las suelas se sujetan con un hilo en la parte delantera para evitar que, en la rapidez de los movimientos, se deshaga lo urdido; por lo tanto se sujetaban con el denominado “atao-suelto”, que sin necesidad de nudos cumplía una función de sujeción momentánea, lo suficiente para trabajar con la confianza de que no se le iba a echar a perder lo hasta entonces elaborado.

Las manos del alpargatero tienen que ser muy hábiles al coser la suela. En cada punto la aguja atraviesa la suela y al salir su extremo al exterior se enhebra el hilo de cáñamo, a continuación se tira de la aguja sacándola y deshebrando para repetir seguidamente la misma operación en la dirección contraria, y así sucesivamente. Por ello, porque hay que enhebrar y desenhebrar continuamente la aguja, se facilita esta labor preparando especialmente las puntas de las cosederas.

La cosedera de cáñamo se traía en madejas de doce hilos, por lo que se disponía de una docena de cosederas cada vez que se cortaba dicha madeja.



Lámina 3. Agujas y zapatilla. Arriba la *aguja colchonera*, la *aguja de capellar* y, con el mango de madera, la *aguja de alpargatero*.

Su punta o cabo se rebajaba despelusándola y posteriormente sobre un trozo de cuero, llamado *cabero*, colocado sobre la pierna se aguzaba hilándola con la mano humedecida en saliva.

Esta punta, al coser la suela, se dobla creando un extremo redondeado que, con la ayuda de una acanaladura en la aguja que conduce a su ojo, hace posible enhebrar muy rápidamente.

En ese esfuerzo por ganar tiempo, la cosedera nunca se separa de la mano. Tras cada puntada, para que no se enrede al trabajar por su longitud, se lanza por encima del banco dándole un poco de vuelo. Las esquinas del banco, para que este cabo no se enganche con ellas, presentan una forma redondeada.

Se inicia el cosido con dos puntos cruzados en el talón, estas primeras puntadas se dirigen hacia la hijuela y salen del lado que pisará el pie. El siguiente punto ya atravesará la suela de un lateral al otro, y así serán los sucesivos, dando a cada uno de estos puntos transversales una distancia del anterior de aproximadamente un centímetro. La mitad de la trenza servirá de guía para el cosido.

Estos puntos se van tensando con la ayuda de la estaquilla, pieza del banco donde el artesano también se apoya para coser la suela (Lámina 4). Al tensar los puntos se va dando la forma definitiva a la suela, es decir, más ancha en la zona del talón, estrecha en la cintura y nuevamente más ancha en la *empeina*, adaptándola a la naturaleza del pie.

Estas suelas no presentan en su elaboración diferencias entre pie derecho o pie izquierdo, ya que la alpargata sirve indistintamente para ambos pies. Será el uso quien las defina.



Lámina 4. El artesano se apoya en la estaquilla para coser la suela con la aguja de alpargatero.

Hay que tener especial cuidado con los dos últimos puntos, llamados *puntos del diablo* por su dificultad, ya que es muy importante procurar que “la puntica de la alpargata quede bien chata y regular”, como nos comenta el hijo de Francisco Jaurrieta. Al terminar, con unos trozos de cosedera, se daban unas puntadas en el sentido longitudinal de la suela, lo cual servía para reforzar las zonas más anchas.

Durante el cosido de la suela, la aguja del alpargatero se va humedeciendo de vez en cuando en el pequeño aceitero localizado en la mesa del artesano. Esto responde a la necesidad de templarla para que no moleste a las manos, dado que, por la rapidez con que se efectúa el cosido, la aguja se calienta en la constante fricción con la trenza de cáñamo. A la vez, introduciéndola en ese orificio lleno de aceite, se logra que la aguja corra más ligera al trabajar.

5.3. Maceado

Después de urdidas y cosidas, las suelas se maceaban con una herramienta que el propio artesano se confeccionó para tal labor en madera de carrasco.

Con esta maza se golpea la parte del revés de la suela para que quede totalmente igualada. Ese *revés* es la cara que queda en contacto con el pie; la otra, que se queda más lisa y va en la parte exterior, es la *cara*.

5.4. Apareado

Cuando el alpargatero contaba ya con un suficiente número de suelas preparadas éstas se apareaban, es decir, se colocaban por pares. Y es que, aunque en principio todas la suelas planeadas de un mismo número se confeccionaban iguales, siempre podía ocurrir que alguna hubiera recibido algún

punto de más o de menos, lo que podía hacerle variar medio centímetro en su tamaño final.

Por esta razón se iban emparejando buscando que coincidiesen perfectamente las dos piezas de cada par. A partir de este momento se trabajará siempre por pares.

5.5. Capellado

Capellar es la siguiente labor, consiste en coser la tela a la suela. Se utiliza una lona de algodón llamada *terliz*, tejida –como su nombre indica– con tres hilos que le hacen tener una fuerte consistencia idónea para la alpargata.

Este cosido se realiza también con hilo de cáñamo y para ello se emplea la *aguja de capellar*, conocida también como aguja salmera. Para capellar, cubriéndose la palma de la mano derecha, el artesano se coloca la *zapatilla*, pieza metálica de forma circular con la superficie rugosa a base de un ligero punteado que hace las veces de dedal y que sirve para empujar a la aguja en el capellado (Lámina 5). Esta aguja, al contrario de lo que sucedía con la aguja de alpargatero, no se va desenhebrando a cada puntada, sino que con un nudo en el extremo del hilo se cose de forma normal.

La *terliz* se cortaba utilizando unos patrones, plantillas elaboradas en cartón por el mismo artesano, con los distintos tamaños para cada número de alpargata. Estos patrones se diferencian en dos tipos, unos para la pieza de la *empeina* y otros para la del talón (Figura 6).



Lámina 5. Con la ayuda de unos patrones se corta la tela para las alpargatas.

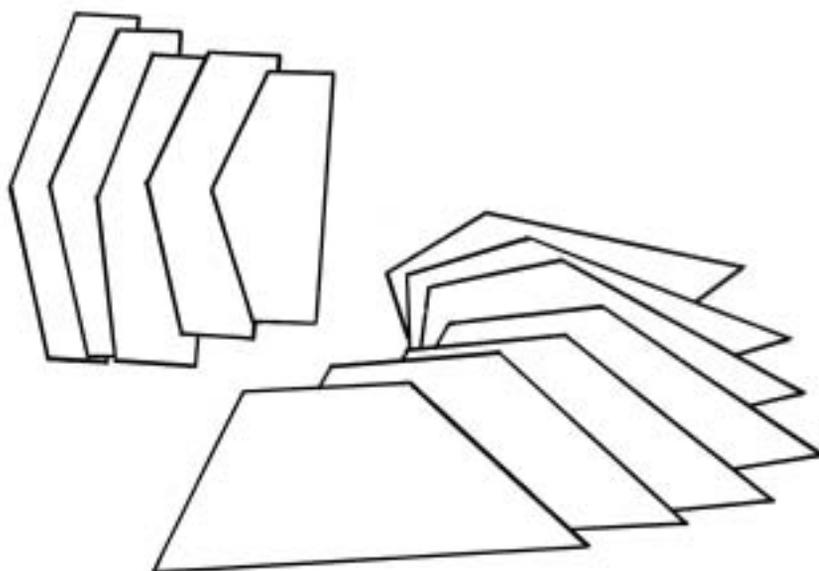


Figura 6. Patrones para la tela del *talón* y de la *empeina*.



Lámina 6. Al capellar, la *zapatilla* colocada en la mano derecha hará las veces de dedo.

El capellado se inicia por la *empeina*. Las puntadas, dadas por el revés de la suela, pasan justo por debajo de la línea que los puntos de la cosedera han dejado en el lateral de la suela al coserla.

Posteriormente se cose el talón que debe quedar ligeramente más alto en la parte trasera que donde se junta con la *empeina*. El capellado del talón debe ser cuidadoso para que ambos laterales queden a la misma altura, “para que la alpargata no se quede coja”. En la parte donde se juntan las dos piezas se dan unas puntadas de sujeción, lo que se denomina *coser el lado*.

Queda la parte que requiere mayor destreza, la *boquilla*, cosido semejante a un bordado que cierra la puntera de la alpargata. Está formada por cuatro o cinco filas de pespuntos que van creciendo en el número de puntadas, hasta que el “morro” de la alpargata se cierra con la última fila cosida a la tela de la *empeina*.

Durante la guerra civil (1936-1939), ante la falta de materiales, las alpargatas se improvisaban a base de trenzas confeccionadas con las cuerdas que se utilizaban para atar los fajos de trigo tras la siega, la tela con que capellar se sacaba de talegas o lonas. La escasez de materiales que se dio también en los años posteriores a la contienda hizo que se desarrollara un nuevo método para aprovechar al máximo la tela de capellar, mediante cartas y viajeros se traían de la localidad catalana de Manresa rollos de terliz especialmente preparados para el trabajo del alpargatero.

Estos rollos eran de la anchura justa de los patrones, de tal forma que invirtiendo el patrón cada vez que se cortaba no se desperdiciaba ni un centímetro de tela (Lámina 6), además ésta presentaba un orillo en ambos lados que evitaba que se *despelusase*. Así pues, se disponía de rollos para la *empeina* y rollos para el talón, de tantas anchuras como números trabajase el alpargatero y en los distintos colores que se utilizaban.

Como hemos dicho, la alpargata se capellaba con un hilo de cáñamo, pero además como un adorno adicional, y a petición de los clientes, a algunas se les añadía un *ribete de algodón*. Esto es, la tela era de nuevo cosida a la suela en todo su perímetro con un hilo de algodón en contraste con el color de la terliz, dando con ello un toque de elegancia a una prenda destinada a ser lucida en días festivos.

5.6. Correa de cuero

Otro adorno que se solía añadir a la alpargata si el cliente lo solicitaba, era una *correilla de cuero* de color blanco que, convenientemente agujereada, se cosía rodeando todo el lateral de la suela. Es ésta una labor que suponía un encarecimiento del precio del calzado pero que otorgaba una mayor distinción a su usuario.

Esta correa era cosida también con un hilo de cáñamo, pero más fino que el empleado en los cosidos ya descritos, llamado *hilo de bira*. Por ello la aguja que se utilizaba era así mismo más fina.

5.7. Los cadalzos

Las alpargatas que Francisco Jaurrieta fabricaba llevaban siempre unos lazos de algodón, los cuales recibían el nombre de *cadalzos*. Cosidos a la pieza de terliz con una aguja distinta, la *aguja colchonera*, se ataban alrededor de la parte baja de la pierna para una mejor sujeción de la alpargata.



Lámina 7. Gracias a Pedro Mártir, que durante algún tiempo trabajó al lado de su padre, hemos podido reconstruir el oficio de la alpargata.

5.8. Tipos de alpargatas

Alpargata de tipo riojano

Es el tipo de alpargata que hemos descrito como el calzado cerrado que habitualmente elaboraba el artesano pitillés.

Alpargata valenciana

Francisco también aprendió a trabajar este tipo de alpargata mientras trabajaba en Murillete, pero apenas la elaboraba al no ser el modelo que por comodidad o moda le era solicitado.

Las diferencias que caracterizan a esta alpargata en su elaboración son fundamentalmente dos. En primer lugar, el urdido de la suela en vez de realizarse creando dos hijuelas se urdía mediante una sola vuelta y, segundo, el terliz de algodón se capellaba de distinta manera, cosiéndose también dos trozos de tela, uno cubría lo que es la parte del talón, quedando independiente de la pieza de la *empeina*, dando lugar a un tipo de alpargata con los lados descubiertos.

6. ALPARGATERÍA EN NAVARRA

La relativa antigüedad de los gremios de sogueros y alpargateros que se dieron en algunas ciudades españolas nos habla de la importancia que llegó a tener este calzado tan generalizado. Con respecto a Navarra son escasos los datos que podemos recoger, la mayoría entresacados de encuestas etnográficas realizadas en el presente siglo.

Julio Caro Baroja recuerda cómo en Vera de Bidasoa un vecino vivía solamente de su oficio de alpargatero hasta que las máquinas industriales le obligaron a convertir su tienda en una mercería. Este artesano trabajaba con yute traído de fuera, sentado sobre su *alkiya* o banco de alpargatero se valía de sus agujas u *orratzak* para coser la tela a la suela con un fuerte lino¹⁸.

En Artajona hacia 1940 eran dos los artesanos dedicados a la manufactura de alpargatas, según tiene recogido J.M.^a Jimeno Jurío, pero desde 1956 en dicha localidad ya no existe ninguno¹⁹. Igualmente, podemos dar noticia de la existencia de alpargateros, de los que apenas queda el recuerdo, en distintos lugares como Ochagavía, San Martín de Unx, Obanos o Burguete.

En relación con el trabajo de la alpargata, tenemos que hacer referencia a la actividad realizada en tierras francesas por parte de mujeres de los valles pirenaicos de Navarra. Muchachas jóvenes de estas tierras, debido a la demanda que había en el sector de la alpargatería por aquellos años, cruzaban la frontera a comienzos de siglo en busca de trabajo. Contamos con el testimonio de un vecino del aezcoano pueblo de Abaurrea Alta, Victoriano Celay Bazterra (nacido en 1911), que nos confirma cómo en torno al primer cuarto de siglo salían mujeres a trabajar la alpargata a Francia, más concretamente a Olorón, si bien el mayor éxodo se debió de producir en los valles de Salazar y Roncal.

También podemos dar noticias de la conservación de los elementos de un taller de alpargatería localizados en el Museo Etnográfico Julio Caro Baroja, emplazado en el monasterio de Irache, materiales que pertenecieron al artesano de Sangüesa, Fermín Juanto.

Además de Francisco Jaurrieta, la tradición alpargatera se ha mantenido viva hasta nuestros días en manos de dos artesanos, uno de Los Arcos y la otra afincada en Pamplona.

6.1. Domingo Cirauqui Martínez de Morentin.

Uno de los últimos artesanos conocidos en Navarra ha sido el vecino de Los Arcos Domingo Cirauqui Martínez de Morentin, recientemente fallecido a la edad de 87 años, cuya labor ha sido recogida por Fernando Videgáin Agós²⁰.

Este alpargatero aprendió el oficio de Julián Beltrán, en Lodosa. Fue a esta localidad a los diecinueve años y estuvo allí hasta los veintiuno. Su taller

18. CARO BAROJA, Julio, *La vida rural en Vera de Bidasoa*, Madrid, 1944, p. 112.

19. JIMENO JURÍO, J.M.^a, *Estudio del grupo doméstico de Artajona*, "Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra", núm. 6, 1970, p. 414.

20. VIDEGÁIN AGÓS, Fernando, *Artesanos rurales*, Temas de Cultura Popular, núm. 333, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1978, pp. 16-18.



Lámina 8. Domingo Cirauqui, el alpargatero de Los Arcos. (Foto de Ignacio Larequi. Inst. Príncipe de Viana).

era la calle, al sol, la sombra o bien cobijado en los soportales de la plaza Santa María si llovía o nevaba, sentado en su mesa de alpargatero, llegaba a hacer por término medio hasta dieciocho pares de alpargatas al día. Según le contaba a Fernando Videgáin, “viendo las manos del que venía a comprar sabía que pie calzaba”.

Los materiales que empleaba para hacer la suela, el yute y el cáñamo, los recibía de Azpeitia, el cáñamo para hacer la cosedera le llegaba de un cordelero de Lodosa. Cabe destacar la terminología propia de este artesano, la lona que se cose en la parte delantera de la alpargata recibe el nombre de *empeña* o *pala* y *talonera* la posterior.

A Domingo Cirauqui hay que atribuirle el mérito de ser el inventor de las tan conocidas alpargatas de San Fermín, esas alpargatas de lona blanca con cintas rojas: “Me las ideé por las fiestas de san Roque del año veintinueve y las llevaron los dieciocho mozos de mi cuadrilla con mucha aceptación. Ese mismo año me bajé a venderlas a fiestas de Mendavia. Y luego venían de todos los pueblos a pedir las”.

También conocidas como *gaiteras*, combinando el rojo con el blanco, han entrado a formar parte del atuendo más tradicional de las fiestas de Pamplona y de buena parte de las ciudades y pueblos de Navarra.

Pero al artesano al que debemos su difusión, como a tantos otros, le pudieron los años y el desarrollo industrial que mecanizó el trabajo, haciendo muy poco rentable continuar este antiguo oficio²¹.

6.2. Angelita Alfaro. La alpargatera de la Chantrea

Angelita Alfaro se siente orgullosa de haber nacido en Cervera del Río Alhama (La Rioja), “el pueblo de las alpargatas”, donde antaño la mayor parte del pueblo vivía relacionada con su fabricación. Allí aprendió el oficio de su madre y de su abuela, con ese lenguaje técnico tan especial propio de la complicidad de todo un pueblo, y que difiere de la terminología usada aquí en Navarra.

Pero pronto, coincidiendo con el declive de esta profesión, Angelita tuvo que dejar su pueblo viniendo a Pamplona, donde se casaría para pasar a vivir en el pamplonés barrio de la Chantrea, sin dejar nunca de trabajar la alpargata²². Su labor ya no se centra en realizar suelas con la trenza de cáñamo, sino adquiriendo éstas ya elaboradas de forma industrial, y se encarga de capellarlas vistiéndolas de vivos colores.

A la artesana le sorprendió cómo los navarros “siendo portadores de tan animoso espíritu” no decoraran este calzado, así que ella se dedicó a innovar la tradicional alpargata con lonas de colores, incluso luciéndolas con escudos de pueblos, de apellidos, imágenes de San Fermín y todo tipo de motivos que se le ocurren o le son encargados. Fue a raíz de participar en la *VI Feria Navarra de Artesanía* cuando su trabajo con la alpargata pasó a ser conocido por el gran público.

Considera la alpargata el calzado más sano y cómodo que existe, afirmando que: “los primeros en utilizarlas fueron los egipcios, Dalí las popularizó y hoy la jet-set las utiliza como calzado veraniego”.

Acorde con los nuevos tiempos, además de realizar piezas a medida para pies delicados, Angelita recibe encargos para vestir cómodas alpargatas con telas que combinen con elegantes vestidos, de forma que se convierten en calzados, algunos incluso con tacón, de grandes acontecimientos como bodas o comuniones.

Esta virtuosa mujer, embajadora de su barrio chantreano por medio mundo, conserva dentro de sí un gran cariño por su lugar de origen, por el pueblo que le vio nacer y la barriada donde se crió, sentimientos emotivos que de vez en cuando ven la luz en forma de versos, como estos donde se aprecia perfectamente cómo desarrollaban su trabajo las mujeres de Cervera del Río Alhama:

*... Aquellas noches alegres
las mujeres trasnochaban
bajo una pobre bombilla
que apenas les alumbraba,*

21. Este alpargatero también ha sido recogido por Gabriel IMBULUZQUETA ALCASENA en su obra *Artesanos*, Panorama, núm. 8, Pamplona, 1987, p. 52-55.

22. Angelita Alfaro es también popularmente conocida por ser autora de libros de cocina, en su haber cuenta con varios títulos: *La cocina de Angelita*, *Cocina navarra*, *La dieta de la vida* y ha sido también colaboradora especial en la enciclopedia *Gran cocina navarra*.



Lámina 9. Angelita Alfaro Vidorreta, artesana alpargatera.

*dando que dándole al puño
cosiendo sus alpargatas,
contando mil chascarrillos
de lo que en el pueblo pasaba...
Mi Barrio, 1991.*

Dando muestras de una agilidad sorprendente, con el cariño de quien ha vivido este antiguo oficio, en unos pocos minutos Angelita viste un par de alpargatas. Este trabajo artesanal, que poco a poco va camino de la desaparición, es conservado por Angelita, y posiblemente sea la última exponente en Navarra.